

Geoffrey Chaucer

Geoffrey Chaucer nació en Londres en 1340; educado en ambientes cortesanos, viajó numerosas veces por Francia e Italia, lo que lo puso en contacto con la literatura de estos países. En 1388 peregrinó a Canterbury. Después de ocupar varios e importantes cargos en varias ciudades inglesas, se retiró a Londres, donde murió el año 1400.

La obra de Chaucer es abundante, aunque varios de sus textos quedaron inacabados. Entre sus obras hay que citar:

1. *El libro de la duquesa (The booke of the duchesse)*, poema en dísticos octosílabos, de influencia francesa.
2. *La mansión de la Fama (The house of Fama)*, en la misma estrofa, de asunto alegórico.
3. *El parlamento de las aves (The parlement of foules)*, también de tema alegórico.
4. *Troylo y Criseida (Troilus and Criseyde)*, una de las primeras novelas en inglés.
5. *La leyenda de las mujeres virtuosas (The legend of good women)*, poema inacabado donde se incluye la lista de las poesías líricas de Chaucer, hoy perdidas.
6. Pero la obra principal de Chaucer es *Los cuentos de Canterbury (Canterbury tales)*.

Los Cuentos de Canterbury

Compuestos entre 1386 y 1400, los *Cuentos de Canterbury* fueron editados por primera vez en 1478. La obra se compone de veintidós cuentos, tres de ellos inacabados, escritos en verso, en pareados decasílabos (llamados en inglés “heroic couples”).

Un grupo de peregrinos de distinta condición social peregrinan a Canterbury (donde se guardaban los restos de Santo Tomás Becket), y pasan una noche en una posada, donde cada uno de ellos cuenta una historia, que es comentada posteriormente por alguno de los presentes. La obra comienza con una descripción detallada del aspecto físico y el carácter psicológico de cada peregrino, y luego el autor, interviniendo activamente en la historia, va dando la palabra a sus personajes.

Los cuentos muestran una amplia gama de temas y tonos: los hay patéticos, humorísticos, grotescos, edificantes, eróticos... Los Cuentos de Canterbury recuerdan, por su planteamiento y contenido, el Decamerón de Boccaccio, pero no hay constancia de que Chaucer conociera la obra del autor italiano.

Cuento de la comadre de Bath

1 En los legendarios tiempos del rey Arturo, cuya fama es conocida entre todos los ingleses, el país estaba
2 lleno de hadas y su reina danzaba muy a menudo con sus compañeras por los prados. Esta era la creencia
3 muy extendida por entonces, y la que os hablo de muchos siglos atrás. Pero, en la actualidad, ya no es
4 posible ver hada alguna. Las han ahuyentado las oraciones y la superabundante cantidad de frailes mendi-
5 cantes que, como moscas, recorren esta tierra bendiciendo las entradas, las cocinas y los aposentos de las
6 casas, así como las ciudades, los burgos, los castillos, las ciudadelas y los poblados, sin olvidar los grane-
7 ros, los establos, los gallineros y todos los animales domésticos que en ellos se albergan. Se acabaron las
8 hadas. Por donde pululaban los duendecillos, va ahora el fraile mendicante día y noche, rezando sus mai-
9 tines y cumpliendo su ministerio mientras recorre su distrito. Las mujeres pueden circular sin peligro por
10 todas partes, ya que el único sátiro con quien pueden topar es con dicho fraile, el cual todo lo más que
11 puede arrebatarles es su honra.

12 En la corte del rey Arturo había un joven y apuesto caballero. Una mañana salió de caza, y ya regresa-
13 ba al castillo cuando, junto a un riachuelo vio por casualidad a una hermosa doncella que paseaba. La
14 cogió entre sus brazos, y a pesar de que se resistió denodadamente, la deshonoró. El ultraje causó una gran
15 conmoción entre la gente. Se pidió al rey Arturo que hiciera justicia, el caballero fue juzgado y condenado
16 a muerte. Habría sido decapitado (ésta era la costumbre de entonces), a no ser por la mediación de la reina
17 y otras ilustres damas que suplicaron al rey usara de su clemencia con el caballero. Arturo le perdonó la
18 vida, dejando en manos de la reina la decisión de llevar a su cumplimiento la sentencia o de indultarle o lo
19 que a ella más le complaciera.

20 La reina agradeció a Arturo esta prueba de generosidad y delicadeza, y dos o tres días más tarde, halló
21 una oportunidad para hablar con el caballero.

22 –Os encontráis todavía en una grave situación –dijo ella–, pues vuestra vida está en peligro, pero os
23 perdonaré si podéis decirme qué es lo que con más vehemencia desean las mujeres. Meditadlo bien antes

24 de contestar, pues va en ello vuestra cabeza. Sin embargo, quiero ser muy generosa con vos; si no podéis
25 dar ahora la respuesta, os daré la libertad durante un año y un día para ir donde queráis y tratar de hallar la
26 adecuada contestación a mi pregunta. Antes de ir, debéis jurar por vuestro honor de caballero que, aca-
27 bado el plazo os restituiréis a la corte tanto si habéis hallado o no la respuesta.

28 Entristecióse el caballero y suspiró profundamente, pero no le quedaba otra alternativa. Por fin decidió
29 partir prometiendo regresar al cabo de un año con la respuesta que Dios le inspirara. Se despidió y se fue.

30 Recorrió muchas tierras, visitó muchos hogares, siempre con la esperanza de que el destino le depara-
31 ría la suerte de conocer qué es lo que las mujeres más ardientemente desean, pero en ningún lugar le fue
32 posible encontrar ni dos personas que estuvieran de acuerdo en el asunto.

33 Decían algunos que lo que las mujeres más desean son las riquezas, otros decían que era la reputación,
34 otros que las francachelas; quien, opinaba que los deleites del lecho y las joyas, y lujosos vestidos. Algu-
35 nos decían que los placeres del amor, siendo prueba evidente que cuando enviudaban volvían a casarse.
36 Alguien decía que lo que más nos gusta a las mujeres eran los mimos y la adulación, opinión que yo creo
37 que se acerca mucho a la verdad. Haced la prueba y os convenceréis, un hombre que sea atento, compla-
38 ciente y nos adula, puede lograr lo que quiera de nosotras.

39 Había quien decía que lo que más ansiamos era tener libertad y poder satisfacer todos nuestros capri-
40 chos, que nadie critique nuestros defectos sino que diga que somos juiciosas e inteligentes, pues, en reali-
41 dad, no hay ninguna de nosotras que no se encabrite cuando alguien nos dice las verdades. Haced el expe-
42 rimento y me daréis la razón, porque por más perversas e insensatas que seamos en nuestro interior, que-
43 rremos ser tenidas por virtuosas y prudentes.

44 Y no faltaban quienes decían que lo que más nos complacía era que nos consideraran discretas, forma-
45 les, de gran firmeza de carácter e incapaces de revelar a nadie cualquier secreto que nos confiaran. Equi-
46 vocada idea, ciertamente, pues nosotras las mujeres somos incapaces de mantener nada oculto. Midas
47 puede dar testimonio de ello. ¿Os gustaría oír la historia?

48 Nos cuenta Ovidio, entre otras cosas, que Midas tenía las orejas de asno, vergonzoso defecto que disi-
49 mulaba lo mejor que podía con su larga y espesa cabellera. Únicamente su esposa lo sabía. Tan enamora-
50 do estaba Midas de ella, que se lo contó, suplicándole que a nadie se lo dijera. La mujer juró que ni por
51 todo el oro del mundo mancillaría el nombre de su marido, ya que se lo impedía, además, su propia digni-
52 dad de esposa. Sin embargo, como le pareció que iba a ponerse enferma si no se desahogaba con alguien
53 o que estallaría si no podía hablar del asunto, tomó una decisión que creyó muy acertada, ya que sin reve-
54 lar el secreto podía aplacar su inquietud. Se fue a un riachuelo que había cerca de su casa y, acercando la
55 boca al agua dijo: “¡Oh, agua, que el eco de tu murmullo no me traicione! Lo que voy a decirte no lo he
56 dicho ni lo diré a nadie más que a ti, ¡mi esposo tiene las orejas de asno! Ahora me siento más aliviada.
57 Me muero si sigo callando más tiempo”. Esto os demostrará, señores, que por más esfuerzos que haga-
58 mos, nos cuesta mucho ser discretas; podemos serlo por un breve tiempo, pero a la postre nos vamos de la
59 lengua. Si queréis saber el relato de la historia, leed a Ovidio; allí encontraréis el relato completo.

60 Volvamos ahora a nuestro caballero. Cuando vio que era imposible descubrir lo que las mujeres con
61 más vehemencia deseaban, su corazón se entristeció. Como el plazo que le dio la reina estaba a punto de
62 vencer, emprendió el regreso a su patria. Con el ánimo muy abatido iba cabalgando el joven caballero,
63 cuando al pasar por el borde de un bosque, vio a más de dos docenas de damas que estaban danzando co-
64 gidas de la mano formando un círculo. Se acercó ávidamente, esperando oír alguna docta máxima. Estaba
65 ya casi junto a ellas, pero de repente desaparecieron como por encanto. Sólo vio a una anciana mujer que
66 estaba sentada en la hierba; por más que os diga, no podríais imaginar la horrenda fealdad de aquella mu-
67 jer. Dijo al caballero:

68 –Señor, no encontraréis por aquí camino que conduzca a parte alguna; decidme qué es lo que buscáis y
69 quizá pueda ayudaros; los viejos tenemos gran experiencia de la vida y sabemos infinidad de cosas.

70 –Buena mujer –replicó el caballero–, si os he de hablar con franqueza, os diré que soy hombre muerto
71 a menos de que descubra qué es lo que las mujeres más ansían. Si podéis decírmelo, os recompensaré
72 espléndidamente.

73 –Poned vuestra mano en la mía y prometed que haréis la primera cosa que yo os pida, siempre, claro
74 está, que no exista ninguna razón bien fundada que os impida el cumplimiento de vuestra promesa –dijo
75 la anciana–, y antes de la noche os revelaré el secreto.

76 –De acuerdo –contestó el caballero–, os doy mi palabra de honor.

77 –Entonces –dijo la mujer–, os aseguro que vuestra vida está a salvo; apuesto la mía a que la reina en-
78 contrará correcta la solución. Mostradme a la más orgullosa mujer que ciña corona en este mundo y veréis
79 que no es capaz de contradecir la respuesta que yo os daré. Partamos, pues, inmediatamente.

80 Durante el camino, anunció el caballero que había cumplido el plazo estipulado y que tenía preparada
81 la respuesta. Numerosas damas, doncellas y viudas se congregaron para oír al caballero. La reina estaba
82 sentada en su trono.

83 Reinó profundo silencio cuando el caballero se dispuso a decir qué es lo que las mujeres más apasio-
84 nadamente desean. Habló en voz alta a fin de que todos pudieran oír con toda claridad sus palabras.

85 –Señora –empezó el caballero–, en general, lo que las mujeres desean con más vehemencia es tener
86 autoridad sobre sus esposos y sus amantes. Aunque me cueste la cabeza, no tengo ningún reparo en afir-
87 mar que esto es lo que vos más anheláis. Haced de mí lo que os plazca, estoy a vuestra merced.

88 Nadie de los presentes contradujo al caballero; todos proclamaron que merecía ser perdonado. Aquella
89 vieja y fea mujer, al oír esto se puso en pie.

90 –¡Majestad, compadeceos de mí! –exclamó–. Os pido que se me haga justicia antes de que vuestros
91 cortesanos aquí presentes se retiren. Fui yo la que reveló la respuesta al caballero y en compensación me
92 dio su palabra de honor de que haría lo que le pidiera, a menos que por un grave motivo no estuviera en
93 su mano poder cumplir la promesa. De modo que, señor caballero, os pido en presencia de toda esta no-
94 bleza, que me toméis por esposa. No os habréis olvidado de que os salvé de la muerte. Si lo que digo es
95 mentira, negadlo bajo juramento.

96 –¡Ay, mísero de mí! –gimió el caballero–. Por desgracia, no puedo olvidar la promesa que os hice. Os
97 ruego por caridad que me pidáis otra cosa, todos mis bienes, si queréis, pero no mi cuerpo.

98 –De ninguna manera –dijo la mujer–. ¡Que Dios nos condene a los dos si acepto vuestra proposición!
99 Soy vieja, pobre y fea, pero aunque me ofrecieran todo el oro que hay bajo la superficie de la tierra o en-
100 cima de ella, no renunciaría a ser vuestra esposa.

101 –¡Mi esposa! –gritó el caballero–. ¡Queréis decir mi condenación! ¡Desdichado de mí, que un miembro
102 de mi noble familia deba efectuar tan vil enlace, tenga que sufrir tamaña humillación!

103
104 Todo fue inútil, de nada le valieron sus lamentos. Tuvo que comprometerse a casarse con aquella vieja
105 y acostarse con ella. Alguno de vosotros creará que tengo pereza de describir los jubilosos preparativos
106 que siempre preceden a toda boda. Os daré a ella una breve respuesta; no hubo regocijo ni banquete, sólo
107 tristeza y pesadumbre. El matrimonio se celebró secretamente a la mañana siguiente y después el nuevo
108 esposo se ocultó como una lechuza el resto del día, ¡tan desconsolado estaba por la fealdad de su mujer!

109 El joven caballero sufrió lo indecible cuando llegó el momento de tener que acostarse con su esposa.
110 Se agitaba y se retorció sin atreverse a mirarla. Por su parte, desde el lecho, ella le sonreía. Por fin le dijo:

111 –¡Válgame Dios, esposo mío! ¿Es así como se comporta un caballero con su esposa? ¿Es ésta la cos-
112 tumbre en la corte del rey Arturo? ¿Son aquí los caballeros tan orgullosos y tan displicentes con sus muje-
113 res? Soy tu esposa y, además, la que te salvó la vida. Hasta este momento no te causé ningún perjuicio.
114 ¿Por qué, pues, te portas así conmigo en nuestra noche de bodas? Te asemejas a un hombre que esté a
115 punto de perder el juicio. ¿Es que te he causado algún daño? Si es así, por Dios te suplico que me lo digas
116 y trataré de enmendarlo, si me es posible.

117 –¡Enmendarlo! –exclamó el caballero–. ¡Ay de mí, lo que dices es imposible que pueda realizarse!
118 Eres vieja, espantosamente fea y de humilde cuna. No te sorprenda que esté tan agitado. ¡Ojalá estallara
119 mi corazón!

120 –¿Es éste el motivo de tu tristeza y de tu aflicción? –le dijo ella.

121 –Ciertamente –le respondió–, y estoy seguro que no te causará extrañeza mi proceder.

122 –Debes saber, esposo mío –dijo la mujer–, que ni siquiera podría remediar esta situación en menos de
123 tres días; creo, pues, que deberías mostrarte más complaciente conmigo. Ya que alardeas de la clase de
124 nobleza que proviene de los antepasados y de sus riquezas y estás convencido de que ello basta para ser
125 noble, te diré que este orgullo de casta no vale un penique. El hombre que es virtuoso, tanto en público
126 como en privado y que se esfuerza en ejecutar meritorias acciones y hacer el bien, éste sí que es un verda-
127 dero noble. Cristo desea que reconozcamos que únicamente de Él emana la nobleza, no de nuestros pa-
128 dres o de los bienes que nos legaron. Aunque nos colmen de riquezas, las cuales creemos que son el fun-
129 damento de la nobleza, no nos pueden legar sus virtudes, única cosa que les da derecho a ser llamados

130 nobles y que nos obliga a seguir su ejemplo. Referente en este punto, Dante, el laureado poeta florentino,
131 es muy elocuente cuando dice:

132 La grandeza del hombre procede
133 de Dios, no de su linaje.

134 “De nuestros antepasados sólo heredamos las cosas temporales, las cuales muy a menudo nos perjudi-
135 can. Todos sabemos que si la nobleza nos fuera concedida por la propia naturaleza al ser engendrados, de
136 modo que toda la descendencia la heredara, todos los miembros de una familia obrarían siempre noble-
137 mente, tanto en la vida pública como en la privada, es decir, serían virtuosos e incapaces de cometer viles
138 acciones.

139 “Enciende una antorcha y llévala a la más oscura casa que existe entre este lugar y las montañas del
140 Cáucaso, la dejas allí y cierras todas las puertas; el fuego seguirá encendido y arderá en todo su poder
141 como si veinte mil personas estuvieran contemplándolo, y hasta que se extinga no dejará de cumplir con
142 su misión.

143 “Pronto se da uno cuenta de que la nobleza no depende del linaje ni de la riqueza, ya que los indivi-
144 duos no siempre se ajustan a su modelo. Muy a menudo vemos al hijo de un noble señor, encenegado en
145 todos los vicios, siendo, además, la deshonor de la familia. El que quiera ser respetado únicamente por su
146 nobleza de nacimiento, te digo que no es noble, pues aunque sea príncipe, duque o marqués, si no es vir-
147 tuoso y sigue los buenos ejemplos de sus antepasados, no es más que un palurdo o un rufián. La nobleza
148 es solamente la buena fama de tus antecesores; la ganaron por sus propios méritos, nada tienes tú que ver
149 en ello; tu nobleza, pues, no procede de ti, sino de Dios, el cual concede este don a quien le place. No se
150 nos da juntamente con la riqueza o nuestra posición social.

151 “Acuérdate de aquel ilustre patricio llamado Tulio Hostilio, que de humilde cuna llegó al trono de los
152 romanos. Lee a Séneca, a Boecio; en sus escritos encontrarás claramente expuesto que un noble es un
153 hombre que practica la virtud, que ejecuta nobles actos. Además, esposo mío, estoy convencida de que a
154 pesar de ser quizá mis antepasados de humilde origen, el Todopoderoso me concederá su gracia para que
155 siempre pueda cumplir su santa Ley. Seré noble si aborrezco el pecado y amo la virtud.

156 “Me echaste en cara mi pobreza, sin acordarte que Cristo la escogió voluntariamente. Nadie ignora, ya
157 sea hombre, mujer o niño, que Jesús, el Rey del Cielo, no hubiera escogido para sí un género de vida que
158 no fuera intachable. La pobreza, cuando se acepta con alegría y cristiana resignación, no es ninguna des-
159 honra, como decían Séneca y otros filósofos. Te puedo afirmar sin temor a equivocarme, que aquel que
160 vive satisfecho a pesar de ser pobre, se le puede considerar rico, aunque no tenga camisa para cambiarse.
161 El envidioso se labra a sí mismo la infelicidad, pues ambiciona lo que no puede ser suyo; pero el que no
162 tiene nada, ni a nada aspira de los demás, éste sí que es realmente rico, aunque no sea más que un simple
163 campesino. Juvenal tuvo unas palabras muy ocurrentes acerca de la pobreza: “El que es pobre puede reír-
164 se de los ladrones”. Me atrevo a decir que la pobreza es como un detestable bien, pues estimula a los
165 hombres a ser constantes en su trabajo, y a superarse a sí mismos para salir de la indigencia, además,
166 desarrolla la inteligencia y el ingenio de los que la aceptan resignadamente. A pesar de que parece difícil
167 de soportar, la pobreza es un tesoro que nadie os puede arrebatar. La pobreza casi siempre acerca a Dios
168 al hombre humilde y le ayuda a conocerle y a conocerse a sí mismo. Comparo la pobreza a un antejo de
169 larga vista, ya que si éste a través de sus lentes nos ayuda a alcanzar los objetos lejanos, aquélla nos ayuda
170 a descubrir nuestros verdaderos amigos. Por lo tanto, esposo mío, ya que yo en nada te ofendí, no puedes
171 ni debes reprocharme por mi pobreza.

172 “Heriste mis sentimientos cuando te mostraste tan contrariado por mi edad. Dicen los nobles como tú
173 que debe respetarse a los ancianos y tratarles con cariño y cortesía. Podría citarte a muchos doctos varo-
174 nes que trataron esta materia.

175 “Me desdeñas porque soy vieja y fea, lo que debería complacerte, ya que no es probable que tengas
176 que temer por mi fidelidad; la suciedad y la vejez son los mejores guardianes de la castidad. Sé muy bien
177 qué es lo que te deleita y estoy dispuesta a satisfacer todos tus más caprichosos apetitos.

178 “No obstante –continuó diciendo ella–, debes escoger entre dos cosas: aceptarme tal como soy por el
179 resto de mis días, pero fiel y obediente, o bien que sea joven y hermosa y que todos los hombres vengan a
180 tu casa para asediarme. Tuya es la elección. Escoge la que más te plazca.

181 El caballero meditó unos momentos. Suspiraba profundamente. Al fin se decidió a dar su respuesta:

182 –¡Mi señora y mi amor, mi bienamada esposa! Pongo en ti toda mi confianza y quiero que seas tú
183 misma la que decida, pues estoy seguro que escogerás lo que sea más placentero y más honroso para am-
184 bos. No me inquieta cuál de las dos elijas. Lo que a ti te agrade a mí me complacerá.

185 Entonces es que poseo dominio sobre ti –dijo ella–, ya que puedo escoger y gobernar a mi antojo.

186 –Ciertamente –replicó él–, creo que es preferible así.

187 –Bésame –dijo su esposa–, ya no volveremos a discutir. Te doy mi palabra de que poseerás a las dos,
188 es decir, a la más hermosa y a la fiel. ¡Que Dios me castigue con la locura si no soy para ti la más cariño-
189 sa y la mejor de las esposas! Y si mañana por la mañana no tengo la hermosura y la distinción de una em-
190 peratriz, de una reina o de una noble dama, puedes quitarme la vida si te place. Abrazame y durante bre-
191 ves momentos mantén tus ojos cerrados.

192 Así lo hizo el caballero y al abrirlos de nuevo vio que estrechaba entre sus brazos a una joven y hermo-
193 sísima mujer. Quedó tan maravillado del prodigio, que creyó que su corazón iba a estallar de felicidad.
194 Besó apasionadamente a su esposa ininidad de veces, y ella le correspondió accediendo a todos sus de-
195 seos y deleites amorosos.

196 Vivieron felices hasta el fin de sus días. ¡Que el Señor nos envíe maridos jóvenes, dóciles y fogosos en
197 el lecho, y que nos conceda la gracia de sobrevivirles! Suplico también al Señor que acorte la vida de
198 aquellos que no se dejan dominar por sus esposas; y a los viejos, irascibles, y a los avaros, ¡que se los
199 lleve la peste!

Preguntas sobre el texto

1. Enumera todas las alusiones culturalistas que se mencionan en el texto. ¿Hay algo que te sorprenda en la mención que se hace a estos autores? ¿Qué significa el hecho de que un autor como éste cite a varios otros autores?
2. Determina la estructura del cuento, señalando sus partes y su orden. Indica también los principales rasgos del estilo del autor.
3. ¿Cuál es el punto de vista adoptado por Chaucer para este relato? ¿Interviene el narrador en lo que cuenta?
4. Se ha dicho que este cuento contiene dos historias diferentes, unidas de forma un tanto artificial. ¿Estás de acuerdo? Si es así, di dónde empieza la segunda.
5. Lee detenidamente el discurso que hace la vieja ante su marido. Señala sus partes y comenta sus argumentos.
6. ¿En qué se puede conocer que la mentalidad del autor está mucho más cerca del Renacimiento, es decir, de la modernidad, que de la Edad Media?
7. ¿Crees que este cuento tiene moraleja? Si es así, di cuál es.
8. ¿Podrías reducir a pocas palabras la intención del autor, la idea que quería que quedara en el lector al acabar el cuento?